
LA VIOLENCIA COMO DESCONOCIMIENTO DEL OTRO

Beatriz Ramírez Grajeda*

*Vivimos una tragedia: somos muchos,
nos desconocemos todos e ignoramos tanto
de nosotros mismos.
Pero ¿cómo es que llegamos aquí?*

BRG

La cuestión de la violencia a últimas fechas ha dado lugar a los más diversos tratamientos, estudios e investigaciones. Los medios la usan, dependiendo de los tiempos políticos que se vivan, para orientar opiniones o alentar incertidumbre. Los científicos sociales la conciben como parte constitutiva de las sociedades y las leyes, lo que reconoce y otorga legitimidad a una violencia de estado, naturalizándola, haciéndola esperable. Sostener la idea de que el estado ejerce violencia, tanto como sostener que hay violencia en todo ejercicio de poder porque es parte de la naturaleza social, ha dado lugar a una serie de interpretaciones equívocas que derivan en una pretensión de desvanecer cualquier tipo de confrontación o discrepancia.

* Docente-investigadora de la UAM-X. Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Miembro del SNI.

En este trabajo, se propone al lector una reflexión desde el ámbito del psicoanálisis. Sostenemos que la violencia, como otras expresiones de la condición humana, es creación cuya complejidad va *in crescendo*; por cuanto somos tiempos múltiples de la institución. La violencia se gesta paulatina, sutil y silenciosamente en los procesos de socialización cotidianos, en ellos se da paso a su tolerancia y se vive con particular intensidad en aquello que reclama reconocimiento, diferencia, disidencia; aquello que no hemos sido capaces de integrar a nuestras concepciones sociales (científicas, morales o políticas) es intolerable a nuestros modos de ser.

El desconocimiento de lo otro, de los otros, de lo que pensamos extranjero, nos lanza a una confusión que impide concebir que el bien y el mal coexisten, que el ser humano es igualmente capaz de generosidad, compasión y solidaridad que de odio, crueldad y miseria. De tal modo, lo que se presenta extranjero, tiene más de nosotros mismos que lo que la conciencia o la razón permiten vislumbrar.

La idea de reflexionar sobre la violencia social tiene la pretensión de desnaturalizarla y reconocerla no sólo como un fenómeno extranjero a nuestro actuar cotidiano, sino a pensarla en el campo de lo fundamentalmente humano, de los actos aparentemente inocuos, de los gestos enmascarados de buenas intenciones, en las prácticas administrativas más racionales. Ciertamente, como sostiene María Luisa Murga (en su trabajo incluido en este libro), no todo puede concebirse como violencia y, tampoco debe ser confundida con los ejercicios de poder, que atraviesa todo vínculo humano.

La violencia, radica en el desconocimiento de la libertad del otro, en la negación de sus potencialidades, en la gestación de su ignorancia para facilitar su dominio y su sometimiento, en impedir el ejercicio de su voluntad de poder, negándole las posibilidades de hacerse cargo de sí y de los suyos; con el alcance de que al inmovilizarlos no tienen lugar en la lógica social; lanzándolos así al desamparo, la miseria, la exclusión, la impotencia, sin más horizonte que esperar la muerte gestada racional y paulatinamente, desconociendo el lugar posible, su derecho a la vida.

EL MALENTENDIDO Y EL DESENCUENTRO

Algunas perspectivas sociológicas y psicoanalíticas coinciden en considerar que la violencia es constitutiva de las sociedades y del sujeto. En las primeras se pone de relieve la existencia de una instancia regulatoria en aras de la convivencia social, el pacto entre los hombres de respetar la existencia. De ahí que emerja la ley, que será testimonio y condición de lo que es posible y de lo que no lo es.

Para hacer valer la ley cada sociedad construye sus instituciones de tal suerte que sus miembros sean capaces de recordar el pacto primario por un lado y por otro de preservar las acciones a las que éste ha dado lugar. Pero en tanto que no todos han sido partícipes de su establecimiento ella queda a la deriva de la interpretación de los sujetos que ocupan lugares en la estructura de las instituciones; y con frecuencia aquellos confunden su lugar y las funciones que le son asignadas con su deseo. Hecho que abona al desconocimiento de la institución tanto como de los otros que son gobernados o que formando parte de la institución tienen lugares distintos al de la gobernanza.

Por su parte, algunos psicoanalistas, reconocen que el sujeto se constituye en una trama vincular que tiene como condición una suerte de violencia primera (Castoriadis-Aulagnier, 1997) que permite al nuevo ser reconocerse en la imposición de sentido que la palabra materna sugiere, posibilita, condiciona. Pues la vida pulsional pugna por realizarse independientemente de los diques que le sean impuestos por la madre que se erige como representante de la cultura y es el vehículo a partir del cual la ley se hace reconocer.

La violencia constitutiva así es primordialmente aplazamiento de la vida pulsional a la que se trata de imponer regulaciones, descolocar las pulsiones agresivas, promover el olvido de su satisfacción inmediata, ello es gracias a la función simbólica y al lenguaje que le es inherente, pues los sujetos pueden hacer emerger representaciones, fantasías, simbolismos, que les permitan en apariencia sostener una relación con los otros; ilusión, engaño, desencuentro,

que da lugar a soluciones de compromiso, construcciones imaginarias que permitan la vida social y el desarrollo del lenguaje, fallido intento de comunicación directa.

Ahora bien, Freud (1976) reconocía una pulsión agresiva que entre otras bondades para el sujeto le permitía la supervivencia, pues gracias a ella era capaz de subsistir, gracias a ella el nuevo ser hizo espacio, se alimentó con anuencia o en contra del deseo materno. Pulsión agresiva responsable de la subsistencia y de la vida; que igualmente se filtra en las palabras donde se reclama reconocimiento de aquello que se ha querido aplazar.

Hay dos condiciones sin las cuales no podría hablarse de “naturaleza humana”: La imaginación y el lenguaje, éstas permiten el devenir de las palabras, soluciones de compromiso, y el montaje de simulacros que permiten a los individuos vivir en sociedad. Su comprensión no puede quedar al margen de una comprensión de la agresión, el odio y la discordia. Pues ellas atraviesan toda relación. Tragedia inminente en la que cada uno constituye un tiempo, discordante, distinto, singular.

Esa pulsión agresiva se asemeja al instinto que le permite a los animales subsistir, y aunque el proceso socializador del cachorro humano la distrae como efecto de la cultura, la educación y la institución social, no se extirpa de tajo, coexiste subrepticia, sutil e inadvertida en toda relación humana al grado que no es revocada por los múltiples discursos teológicos, científicos, políticos o morales que abrigaban la posibilidad de darle al ser humano un *status* distinto de los demás seres vivientes y con ello la posibilidad de su control.

Así entre psique y sociedad se trava un malestar, a decir de Freud (1976), por una parte las pulsiones reclaman satisfacción irrestricta y por la otra la cultura se erige como mediador de esas pulsiones, regulándolas, sofocándolas, ofreciéndoles lugares donde se realizan equívocamente en un desencuentro perpetuo, pues lo que reclama la psique no es capaz de reconocerlo la cultura.

Antes de proseguir, es necesario aclarar que no me referiré a esta violencia constitutiva; aunque sostenemos que es el cimiento de

todo acto humano y por tanto subyace a toda acción social; ella se asemeja más al acto generoso, de reconocimiento que otorga a la vida la contención y le confiere grados de libertad para que sea realizada la pulsión de vida responsable de la subsistencia que necesariamente evoca la pulsión de muerte, pues se sirve de lo que destruye para subsistir.

Nos referimos aquí justo a aquella violencia que socava cualquier gesto de voluntad, paraliza cualquier intento de movimiento, sofoca la creación social que abona al vínculo. Y que, sostenemos, cursa en el sentido contrario de aquella que nos es constitutiva y, por tanto, siempre está en el cimiento de la acción humana.

LA HERENCIA MODERNA

La escuela es una herencia moderna cuyo objetivo racional, implica la planeación de los procesos de socialización a los cuales el niño se enfrenta. La racionalidad pretendida por los modernos sucumbe ante la pulsión agresiva que pugna por la subsistencia; se enfrenta a otros que le exigen medida, control, autorregulación, adaptación y obliga al yo (pensamiento consciente) a disentir, a crear intersticios posibles donde poder existir, minimizando la angustia que produce la coexistencia de tiempos, espacios y demandas con las cuales aprende a negociar en aras de reconocimiento y sentido. Esto que podría fungir como pacto social y que de hecho fue el pilar donde se construían espacios, modos de regulación, convenios sociales son fuente de malentendido, de multivocidad y de conflicto; pues dejan asomar una múltiple temporalidad, una múltiple espacialidad que no todos tienen la voluntad de reconocer. La diferencia así sugiere distintas posiciones: el horror, la intolerancia, la intención de dominio, control, asfixia o desconocimiento. Ellas pueden desembocar en distintos rostros de la violencia, no sólo los más abyectos sino aquellos que pudieran ser pensados razonables y racionales a favor de la institución social.

Ahora bien, las prácticas (docentes, administrativas, políticas, etcétera) en la institución educativa replican, insisten, refrendan modos de hacer y deshacer de la institución en un afán de preservarla. No obstante, los actores sociales suelen desconocer el lugar y la función que se le delega a la institución educativa, de tal suerte que sus acciones son testimonio de un desencuentro donde el rol que cumplen se imbrica con el deseo de reconocimiento, las técnicas de control moderno y la pugna por la subsistencia. Esto da lugar a expresiones de violencia múltiple pues los otros no actúan adaptadamente, ni reconocen la ley que la institución social erige o desconocen la autoridad que representan los actores educativos.

Las actuales críticas a la educación que han derivado en una tendencia homogénea de considerarla o medirla de acuerdo a la asimilación de la evolución tecnológica o las demandas del mercado, han transformado los objetivos educativos y con ello se ha dado lugar a diferentes prácticas en la escuela. Esta parece estar rebasada por el consumo de tecnología y el uso de los espacios cibernéticos a los cuales se le ha apostado la calidad y el desarrollo educativos. Se enfrenta la ilusión de que el sujeto tiene acceso irrestricto al conocimiento, al avance tecnológico, midiendo así el desarrollo humano según esté supeditado al uso de las redes de la informática, el ciberespacio y la tecnología.

La escuela, sostenemos, paulatinamente va siendo desplazada no tanto por la innovación tecnológica como por el mercado que la ha convertido en un objeto de mercancía y en un agente de consumos múltiples. Si los modernos pensaban en la educación de un país como la posibilidad de movilidad social, de progreso y civilización, que potenciaba el crecimiento y la evolución humana; el consumo de tecnologías camina justo en sentido contrario.

La pulsión agresiva encuentra pretextos de realización en la institución social quien le ofrece a la psique objetos, modelos, prácticas, lugares donde son convocados los sujetos para ser reconocidos. Sin embargo, esos objetos que le son ofrecidos y los lugares a los

que son convocados están marcados por la lógica del mercado: el exceso, el excedente, el desecho, de tal suerte que, incluso aquello que no es objeto mercantil, se convierte en mercancía.

La violencia es una posición frente a la alteridad y la lógica del mercado ofrece al sujeto lugares de reconocimiento, objetos y situaciones que son refrendadas periódicamente.

El placer ante el horror, el reclamo del espacio (la conquista de los territorios), la imposición del tiempo (la pugna por lo homogéneo). El racismo, el sexismo, la xenofobia, el esclavismo, son posiciones respecto a la alteridad; subyacen sofisticada, subrepticamente en discursos, imágenes, ideas, políticas y objetos que legitiman la exclusión o la marginación; convocando a ocupar ciertos lugares, determinadas posiciones enunciativas en las que se crean y recrean modos de acción y da lugar a estructuras psicopatológicas, expresiones subjetivas que desconoce la sociedad y obnubila el papel que tuvo en su gestación.

En la actualidad se puede vislumbrar una creación de identidades individualizadas y ególatras socializadas masificadamente. Los límites con la alteridad, parecen estar eclipsados por la lógica del libre mercado que se infiltra en la vida cotidiana y produce una ilusión de acceso sin restricción, de transgresión permanente y de posesión sin límites que abona a una lógica de la acumulación y del desecho. De tal suerte, que así como se desechan objetos que entran rápidamente en desuso, los otros se convierten en artículos de consumo y desecho, revocando su calidad de sujetos activos y cimentando las condiciones para justificar la violencia en sus distintas expresiones: convocatorias a la servidumbre, cuerpo convertido en objeto de uso, abuso y destrucción, pues ahí donde reclama reconocimiento no hay un otro que esté dispuesto a darlo. Muy por el contrario, ante la imposibilidad de reconocer la diferencia, el deseo del otro, las posibilidades de placer del otro se niegan o se desconocen. A veces racionalmente se le margina, planeadamente se le excluye, disciplinadamente se le controla o se le desaparece.

ALTERIDAD, PSICOANÁLISIS Y POLÍTICA

Desde que los psicoanalistas salieron a mirar el mundo más allá de sus consultorios, aprendieron a desprenderse de las cómodas y certeras estructuras de los cuatro discursos lacanianos que reducían todo en función del objeto a causa de deseo y se han visto frente a una realidad harto compleja, que a unos conmina a refugiarse en sus viejas certezas y a otros a emprender el titánico trabajo de responder ¿qué estructuras psicopatológicas se producen en nuestra sociedad actual?, ¿qué destinos tienen?, ¿a qué responden los discursos sociales donde el objeto ya no aparece prohibido sino por el contrario lo que aparece es un imperativo a gozar de él?

La imaginación fulminada, pues los procesos cognitivos que presuponían la experiencia del cuerpo, la comprensión del mundo, el dominio del espacio y un tiempo en la formación, se vieron radicalmente trastocados (Levin, 2007) con el mundo de las imágenes que tienen un fuerte peso en la socialización actual, pues son fuente de modelos identificatorios, sustitutos del juego en movimiento, de vínculo posible, generadores de productos y necesidades y estrategias de manipulación que contribuyen a alterar el juicio, orientar la opinión, desplazando a la institución educativa y sus ideales.

La representación, según Piaget (1987), era posible debido a una evolución de la inteligencia donde la maduración desplazaba la actividad imitativa, dando lugar a la simbolización, la memoria y el lenguaje. Las fantasías y el juego permitían el paso al juicio crítico, al análisis y el pensamiento abstracto. Con el imperio de las pantallas hay un avasallamiento al yo con una carga de imágenes que sugieren sucesos, modos de ser y hacer. Lenguaje audiovisual que obliga a la síntesis de imágenes imbricadas cuya precipitación construye sentido a lo que no lo tiene y da posibilidad a lo que otrora era imposible siquiera pensar: imágenes violentas, sucesos extremos, expresiones escatológicas que coexisten con un mundo adverso (acciones sociales, decisiones políticas, economías en picada, etcétera) que por momentos supera las ficciones de las

pantallas. El *yo* recurre a su experiencia para afinar lo que vivencia, quien tiene más recursos vinculares es capaz de análisis, crítica y distanciamiento de las propuestas exageradas, ingenuas, obscenas de programas, series, novelas, videojuegos, etcétera.

Cuidadosamente editada, la imagen cumple aparentemente con su cometido, no exige más que un esfuerzo de imitación donde la imaginación queda presa de la propuesta estética; seducir al ojo, imponer significados, donde el sentido queda preñado al absurdo, a lo abyecto, a lo extranjero. El sentido de la vida queda encriptado en la repetición de los diálogos, de las imágenes que abolen las diferencias y violentan la identidad, la diferencia y la dignidad humanas.

Las reflexiones sobre lo social han obligado a psicoanalistas a repensar las constelaciones en las que se constituyen los sujetos en la actualidad y como juegan ellas en la convivencia humana.

Dos direcciones pueden estar en juego en la formación de los sujetos: por un lado, se nos plantea la pregunta ¿qué identidades estamos contribuyendo a formar? lo cual implica un ejercicio ético y político, pues obliga a respondernos preguntas más fundamentales ¿qué significado tiene el otro para nosotros? Y si ¿seremos capaces de tolerar lo que se nos presenta diferente sin la pretensión de una socialización que establezca vínculos sin conflicto y sin belicosidad, la indiferencia o la coexistencia sin reflexión?

Algunos psicoanalistas Lacan (1975), Lebrun (2003); Braunstein (2004), reconocen como génesis de la subjetividad actual la aparición de la ciencia y la muerte del padre, que revoca toda posibilidad de vínculos y organización social.

Según Lebrun (2003) nuestra sociedad está marcada por la denegación de la función paterna, la infiltración de lo simbólico virtual, el quebrantamiento de la responsabilidad y la desinscripción de la referencia. Para Lebrun (2003), se vive un ocaso del padre originado en el siglo XVIII, en el que se promovió una progresiva limitación del poder paterno. Acaso ello coincida con el reconocimiento de los tiempos, los espacios y los derechos de la infancia que obligaron a considerar a los niños como seres con cualidades

particulares antes que como adultos chiquitos. El desplazamiento de la autoridad paterna revoca su función de guía y protección. Ello dará pauta a un nuevo equívoco ya que en un afán de ser modernos los padres negaron su lugar, lo que apuntaría hacia una sociedad sin tótem, sin leyes, sin límite.

En el texto de Lebrun (2003) se pretende demostrar que se vive en un mundo sin límite, se advierte un dejo de nostalgia por una autoridad paterna que permita criterios para la organización mundial. En esta audaz afirmación, el autor desautoriza los modos de ser de otras culturas, imputándoles formas de organización falocéntrica.

Diversas preguntas invitan a pensar de manera menos eurocéntrica: ¿qué hay de las culturas ágrafas?, ¿cómo se organizan?, ¿en torno a qué?, ¿no se rigen por rigores legales?, ¿no hay patrones de identidad donde se edifican sus relaciones, sus actividades?, ¿no se dividen el trabajo eficazmente?, ¿no se crean y recrean formas de regulación lingüística? ¿Acaso para Lebrun estas sociedades siguen siendo reguladas por la ley paterna a la que identifica anulada en la sociedad que vivimos? y ¿qué pasa con los grupos étnicos donde la ausencia del padre es evidente, sea por los efectos de la migración, las guerras o sus prácticas culturales?

Una hipótesis se hace necesaria: que las sociedades se organicen y se tenga un sentido de la vida colectiva no necesariamente implica que haya una ley paterna o la autoridad falocéntrica en torno de la cual se organicen los integrantes de una sociedad. Y de ser así, ¿acaso la ciencia misma no tomó la posición de reguladora social?

Es la nostalgia de la certidumbre, del reconocimiento de que nuestra humanidad no tiene superioridad por sobre otros, que son posibles otras formas de ser pero que nos hemos acostumbrado a ser divididos, en la medida en que otros han dado paso a nuestra vida, afectivamente sostenidos, adquirimos una deuda y con ella la obligación de subsanarla en la obediencia, el sometimiento, y el desconocimiento (de sí y de otros).

Las generaciones actuales se enfrenten al mismo conflicto que en otros tiempos y otras sociedades enfrentaron y desembocaron

en atroces guerras, en espantosas prácticas que, paradójicamente, pretendían enaltecer una humanidad civilizada, razonable, imponiendo visiones, prohibiciones, límites, para hacer valer la institución creada para contenerlos.

¿Qué se trataba de ocultar?, ¿de qué se han tratado de proteger o desafanar los poderosos?, ¿qué han tratado de desaparecer los verdugos?, ¿qué han tratado de controlar los vigilantes?, ¿qué han tratado de domeñar los educadores? ¿qué no se quiere mirar?, ¿qué esconden las estéticas formas de la convención?, ¿qué es lo que causa tanto horror para preferir la muerte de un nuevo ser o la aniquilación multitudinaria de los cuerpos?, ¿qué no se soporta de ellos?, ¿qué muestran, que causan horror y evocan el deseo del holocausto?, ¿en qué nos asemeja y en qué nos diferencia de la territorialidad animal que reclama poderío sobre su terreno y lo que hay en él? Pareciera que la historia ha sido una muestra de lo que la humanidad no ha podido revocar, con la enorme desventaja que de ella, los humanos tienen memoria y los animales no, pues viven tan directamente como pueden la vida y sin medio alguno. Al respecto Foucault apunta: “todos tenemos fascismo en la cabeza” (1997, p. 38).

La imaginación, la memoria y el lenguaje que, al lado de la razón, presumían la diferencia humana, pierden su primacía, desgastan su función y se ven depurados, según Lebrun, por una falta de límites, un desconocimiento de la función paterna donde descansaba la ley.

En oposición al autor, pensamos que se trata de un exceso impuesto, una exploración obscena, que recorre, explora y prueba el límite recorrido permanentemente, producto de lo que hacen posible las pantallas, de lo que permite la sociedad en sus decires y sus haceres.

Sostenemos que la pulsión de muerte no sucumbe ante la represión, sino ante su posibilidad de satisfacción irrestricta (exigida incluso), aunque no la abole. Lo “olvidado” se encuentra activo en algún lugar de nuestro ser; lo oscuro, lo otro, no deja de insistir, goza de una libertad extraña; la imaginación supeditada y cómplice del lenguaje, saltando en palabras, en síntomas, en posiciones

enunciativas, en teorías, en fantasías, expresándose como soluciones de compromiso en vínculos, en elecciones, en decisiones en prácticas profesionales, en formas de relación con los otros.

Castoriadis (1986) reconoce al psiquismo humano como ruptura radical con los otros seres vivos, afirma que en el ser humano hay desfuncionalización del funcionamiento psíquico, que se traduce particularmente en la desfuncionalización de la imaginación y en la desfuncionalización (contrafuncionalización) del placer y particularmente en el predominio del placer representativo sobre el placer de órgano; la ruptura se debe a un desarrollo exorbitante, casi monstruoso, del psiquismo análogo a una neoformación patológica y particular de la imaginación como imaginación radical, flujo representativo e incesante, sin relación con necesidades vitales y hasta contrarias a ellas.

Si bien Braunstein (2004) reconoce que todo esto es efecto del avasallamiento del discurso de la ciencia cuyas novedades convertidas en técnicas, ofrecen todo tipo de satisfactores, asfixiando desde otro contingente la imaginación, la memoria y nuestro lugar en el mundo; el actual sujeto del psicoanálisis se construye también bajo otras coordenadas sociales: la pérdida de importancia del trabajo manual, la extensión de actividades de servicio en detrimento de las productivas, la automatización de la producción, la consiguiente reducción del proletariado-asalariado, la extrema concentración del capital, la desaparición del modo socialista como una alternativa al capitalismo, el capitalismo financiero más que productivo, la despolitización de la mayor parte de la población, la desaparición de los sistemas de explicación del mundo, la toma de decisiones apuntalada en el libre mercado, la ideología derrotista de paralizarse frente al sistema capitalista, la generalización del pragmatismo económico, la desaparición de las instancias de censura entre otra lista infinita de eventos que procuran la actual subjetividad, la pulsión de muerte se vehiculiza subterránea y efectivamente, al grado de generar interpretaciones violentas de la sociedad de las cuales somos cómplices, verdugos y víctimas al mismo tiempo.

Osorio (2005) apunta que la historicidad se violenta cuando hacemos juicios como: “Así, siempre ha sido la vida”, “los ricos y los pobres siempre han existido”, etcétera. Pensar el mundo como algo que no cambia, para que permanezca, es un problema epistémico de cómo se concibe la realidad y ello nos coloca en la indiferencia con la naturaleza.

LAS CONDICIONES DE SOCIALIZACIÓN

En esa encrucijada de coordenadas el sujeto se ve convocado a la indiferencia, la confusión, el goce, la parálisis. Vivenciamos el tránsito de una sociedad horrorizada por el placer de lo otros a una sociedad que se empeña por hacer emerger lo prohibido, la inmediatez, donde se ridiculiza a las leyes, a las prohibiciones, donde se transgreden las consignas y las prescripciones de las ciencias y se reclaman los derechos a nuestra ominosidad, se conmina al goce, al exceso y a lo obsceno, se transita del horror al placer directo, al placer de lo directamente horrible (que, la historia nos lo muestra, siempre ha estado ahí, presente, latente si no en guerras y holocausto, en penas de muerte o imagería). Acaso se presencia el tránsito a una nueva episteme, donde se debilita la función simbólica de la palabra, se revoca la seducción y la conquista de lo representado y se da paso a las formas de expresión más escatológicas que ponen de moda las formas más obscenas y directas de hacer emerger lo que la sociedad moderna se empeñó por ocultar: los placeres de la imaginación.

La humanidad merma su potencia representativa desde el momento en que es avasallados por la imagen, deja de ser fuente inagotable de imaginación, se diluye su potencia creadora en la imagen, para incursionar en la masa homogénea que muy difícilmente podrá imaginar otra cosa de lo que ve.

Este imperativo al placer, no es capaz de hacer emerger la dimensión negada, que ahora se esconde ante la supresión de las

leyes, al invocar los placeres sin pudor alguno, de todas formas no aparece la dimensión de lo otro que se escapa indomeñable, inexplicable, inaprensible, irreductible al lenguaje, superior a todo intento de libertad condicionada. Se transita del horror del placer al placer del horror que ensaya toda vez una forma de relación con los otros, transgrediendo los límites, violentando los cuerpos, enalteciendo el placer de lo espantoso en aras de denunciarle (el llamado arte moderno y el amarillismo periodístico acaso sean ejemplos) y la forma obscena de referirse al mundo que encuentra en la música su mejor pretexto, que cuestiona toda convención y elude la estética moderna, sin aludir, sin representar, quedándose en la descripción descarnada que ya no produce el efecto de éxtasis, ni sentimiento alguno sobre lo bello y sobre lo simple, porque no deja lugar a la imaginación. Acaso se está en los umbrales del imperio de la nada, la muerte y la asfixia como efecto de la vida global.

LA VIOLENCIA DEL EXCESO

El exceso y el imperativo al goce no dejan cabida a la disidencia de la imaginación; según Gerard Vincent: “La imaginación humana es fecunda cuando se trata de explorar las vías de la disidencia. Paradójicamente, se puede conjeturar que es precisamente en los países totalitarios donde la vida privada, entendida en el sentido estricto de la vida secreta, encuentra un desarrollo dilatado” (Gerard en Ariès y Duby, 1992, p. 161). ¿Cuál es el destino de la imaginación?, ¿apresar lo prohibido?, ¿probar los límites que cada vez hacen eclipsar nuestra diferencia en el espejo de la animalidad?

Se devasta así el terreno de la imaginación, se mina a la memoria y a la historia, se degrada el lenguaje a su función más simple de nominación.

Al contrario de Lebrun, pensamos que la actualidad está lejos de no tener modelos o leyes. Aparentemente la ley esta debilitada, pero esto mismo engendra otra cantidad de regulaciones normativas

violentas, y de ellas toma su fuerza. Si los *mass media* regulan la intimidad de las personas, promueven técnicas de control del yo, dejando a los actores “espacio para decidir” es porque facilita la labor del Estado. La invasión es incluso más peligrosa, porque es subrepticia, se presenta como natural y nos hace cómplices de la regulación en un juego de seducción que fascina y apresa, donde el límite parece estar en uno mismo. Nada más mortífero que eso, donde el otro ya no es ni necesario ni imprescindible, ni amigo ni enemigo, ni diferencia ni igualdad.

Pero esto es efecto de socialización masiva que, paradójicamente, privilegia la indiferencia y alienta la división social en una insistencia de hacer valer la ciencia y sus producciones a favor del dominio y el control del gobierno que delega en sus instituciones hacer valer las regulaciones pertinentes para transitar sin oposición. El guante blando de la escuela, la ciencia y las disciplinas, opera así justificadamente.

No obstante, la pulsión mortífera de crecer a costa del otro, habilita una confusión: los lugares desde los que se cumplen funciones de gobierno se invisten del deseo de los sujetos que los confunden con sí mismos. De tal suerte que el despotismo de los reyes, se replica en los gobernantes modernos: La ley soy yo. Confusión que produce mezquindad, cinismo pues el sujeto que dice “yo” también es prescindible en la estructura, pues la organización reconoce el lugar, no a la persona. No obstante, ese lugar está ennegrecido por los otros quienes también son cómplices de esa confusión. Piense el lector en la socialización pendiente de las pantallas, masificada gracias a los avances tecnológicos:

Hemos sido divididos y, sin pensar, seguimos refrendando las mismas divisiones que nos colocan en desigualdad. Naturalizamos la exclusión que alienta marginación e injusticia. Abonamos a la clasificación permitiéndonos pensar que unos son buenos y otros malos, que unos son aptos y otros inaptos, que unos son competentes y otros incompetentes, que unos merecen los placeres de la vida y a otros les están vedados dada su condición social, el color de su

piel, la imagen que no corresponde a la que los medios exhiben o a la que aceptamos nosotros.

Lo más sorprendente es que debido a que hemos hecho valer estos modos de pensar somos fácilmente sometidos, manipulados, confundidos, tratados como masa irracional a la que se puede instalar una idea absurda o francamente adversa a su vida. No obstante, la defendemos porque creemos encontrar distinción o un mejor lugar en ella.

En cada uno habita el bien y el mal, lo que es bueno para uno no lo es tanto para otros, esa es la dificultad de impartir justicia, además de que se acostumbra apelar a la moral más que a la razón para resolver los conflictos humanos. Por ello los modernos apostaron a la educación y nosotros apostamos a hacer lugar en nuestra vida a la reflexión, a la autocrítica, a la disposición de entender a otros, revalorar la vida y sus prioridades, antes que apropiarse modos de pensar, hacer y valorar que nos convierten en verdugos de nosotros mismos. Pues autorizar que sean maltratados otros, autoriza que seamos maltratados de ese mismo modo.

Hemos sido testigos de los modos en que se resuelven las cosas que son importantes para todos y, finalmente, se aceptan porque uno no se cree con la capacidad de crear una cosa distinta, pues “así siempre ha sido” o “así está dictado por las instituciones”. Pero es necesario revocar esa idea. Las instituciones las han hecho los hombres para mejorar sus vínculos, para regular, para conciliar, para resolver los embates de la naturaleza o su cultura confrontada con otras.

La institución se hace vivir en las prácticas, los pensamientos, las creencias, los saberes, las reacciones, los rituales y es en ellos que es posible transformarla. La institución necesita de la solidaridad de sus integrantes para poder subsistir en sus prácticas e ideologías, para aceptarlas y hacerlas valer.

CÓMPLICES DE UN ENEMIGO INVISIBLE

Desde el nacimiento de las pantallas, la actualidad de la vida ha sido construida, diseñada, editada por los medios masivos entre los cuales están periodismo, radio, televisión y a últimas fechas *internet*, desde ellos se van marcando pautas, tendencias, imponiendo ideales, pensamientos, modelos de ser, difundiendo, lo que algunos piensan, debe ser la vida, editando o excluyendo la información sobre otros modos de resolver problemas.

La realidad se va convirtiendo en una ficción construida, editada para ser difundida, los medios han marcado un modo de trabajarla que se ha importado y aceptado por millones de personas, al grado de que niños, jóvenes y adultos se convierten en editores de su propia vida, importando, haciendo valer la misma lógica y el mismo modo de tratamiento que los medios masivos, en busca de una ilusión de reconocimiento. Sin más información se publica lo que se quiere, se ensayan múltiples máscaras; la misma tendencia que marcara la televisión de editar cada una de nuestras acciones, haciendo uso de imágenes sensuales, violentas, seductoras que pasaron de producir escándalo a ser aceptadas naturalmente.

Facebook, el libro de los rostros, es una extraordinaria fuente de información y si se quiere de investigación autorizada puesto que es pública. Si antes se requería de permiso para informarse y publicar, ahora se tiene acceso irrestricto a la información pues se ventila en redes; y aun cuando lo que se publique sea falso, comunica preocupaciones, tendencias y deseos de las personas.

Una sociedad que tiene un instrumento tan poderoso, podría estar menos aislada, menos desorganizada, podría conocer sus potencialidades, tener experiencias solidarias insólitas, abonar al desarrollo de su país, acordar sobre sus prioridades, pero antes que comunicación, se quieren seguidores o certezas que seguir; antes que un vínculo, se ensayan rostros para ser admirados. Se imponen ideas y se ofrecen cuerpos fragmentados como objetos de consumo.

Así, el cuerpo se convierte en mercancía. Esto es efecto de estar divididos, de pensar que unos tienen lugar en el mundo y otros no debieran tenerlo. Que es natural que unos tengan y otros no.

Esta división es consecuencia de un sistema económico que ya no se basa en la producción de bienes o en el vínculo solidario de las personas para resolver problemas o disfrutar la vida. Sino en engendrar la división, la envidia, la discordia y el odio.

Así la economía que no está basada en la producción sino en una lógica de transacciones financieras utiliza psicólogos ambientales, comunicólogos y profesionales de la mercadotecnia (que son parte de la sociedad) para crear vidas ideales, prototipos, situaciones que no tienen relación con la vida cotidiana de la mayoría. No obstante, la minoría (los dueños del capital) que los impulsan si creen necesitar el incremento de sus riquezas y se aseguran de ello. Eso implica impulsar modos de pensar en la mayoría de las personas que las conminen a consumir: estilos de vida, modelos, ideas, productos que se asocian a ellos, es decir; que están ilusoriamente asociados a afectos, deseos y reconocimiento.

Arrogancia, egolatría, ignorancia son las firmas con las que se autoriza el uso de las imágenes subidas a la red y convierten a miles de usuarios en mercancía de consumo. Desconociendo sus potencias, marginando su imaginación, supeditando a la tecnología su potencia creadora.

En resumen, los modos que otrora la televisión trabajara exclusivamente han sido importados a la red; de tal suerte que se apoyan unas ideas, se fortalecen unas costumbres, se distrae la mirada de aquello que tiene que ver con las necesidades reales de las personas, sus problemáticas, los peligros que corren y que pueden ser perfectamente prevenidos. Todo en una sólida manera de trabajo que impuso la televisión.

Las estrategias de mercado y la publicidad ocupadas por los dueños del capital, son elaboradas por miembros de la sociedad que no goza de esas riquezas y desconocen los impactos de su labor. Así, se gesta división en distintos ámbitos de la vida y conforme se

acostumbra la percepción a ellos se hacen valer, creyendo que dan prestigio y reconocimiento.

Así, somos blanco de una división que nosotros mismos alentamos y se expresa en las prácticas más aparentemente inocuas en la escuela, la familia o los amigos, prácticas que alientan la desigualdad y el escarnio: una educación por competencias que alienta al individualismo más que a la acción solidaria y que se reduce a la preparación de exámenes antes que a la generación de condiciones para que el niño se interese o se apasione por el conocimiento. Así, cada vez más pronto los niños se ven conminados a presentar evaluaciones antes que desarrollar sus capacidades a través de jugar, experimentar, investigar su entorno, ejercitar su cuerpo, cantar, convivir con los demás, tener experiencias de vínculo ¿cómo puede evaluarse eso?

Marcar las diferencias entre los estudiantes y alentar su escarnio cuando no son como lo esperan los medios masivos, alentar los programas que exhiben la vida de otros para producir escándalo, valorar a los otros en función de su consumo o del lugar donde viven, reclamar reconocimiento, ignorando el sufrimiento de otro, supeditar nuestra valía al dinero, hacer diferencias entre los hijos, comparando su comportamiento, ser dadivosos para ser reconocidos superiores o ricos (en vez de solidarizarnos con los otros para abatir la pobreza de miles en nuestro país), son acciones violentas que aseguran el desconocimiento de los otros, de sus deseos, sus necesidades o sus potencialidades.

Hemos sido divididos y educados bajo esa lógica que amenaza nuestra vida permanentemente, pues alentar el odio y la discordia engrana con nuestra pulsión de subsistencia a la que nos hemos referido antes.

PRESERVAR EL DESENCUENTRO

Se vive entre contradicciones porque cada individuo es testimonio de un tiempo distinto que ha construido desde su experiencia, porque el sistema capitalista requiere de la división social y el desconocimiento profundo de los otros y de uno mismo. Así, se busca en el mercado lo que es íntimo, singular. Desencuentro que impulsa el intercambio personal pues se ofrecen prendas provocativas en lugar de amor, labiales en lugar de alegría, vestidos, zapatos y accesorios en lugar de amigos, excesos en lugar de placer, etcétera. Esto impacta en el sistema político que mide la calidad de vida por la capacidad de compra que tienen los individuos (bajo esa premisa no importa si por ganar dinero se enferman, olvidan a sus familias o si han perdido la experiencia de la amistad). No importa, si son felices, si serán recordados por algo legítimo, si hacen el amor en el tiempo que quieren o se dan cinco minutos porque se les hace tarde.

En el plano de los vínculos no es mejor, se buscan comparsas, seguidores, admiradores a los cuales someter o someterse, se evalúan por sus vestimentas, por su dinero, por su capacidad adquisitiva, ignorando las posibilidades que tienen de encontrarse sin máscaras.

Todo esto producido, editado y naturalizado por un modo económico que tiene estrategias de incorporación hasta de la disidencia.

La solidaridad no es un valor, es una práctica diaria, tan sencilla o tan difícil como la voluntad lo permita, el problema es que ella no ha sido cultivada. No hemos aprendido a dominar nuestras negativas ni las de otros, asumir las consecuencias de la negación y los límites que imponemos a otros. Con frecuencia se sucumbe en el sí a todo, pero en cada uno está la voluntad de reconocer el propio deseo, decir no a consumir un artículo que ha sido cultivado con el sufrimiento de otros, a decir no al programa chatarra que se resarce en exhibir la violencia para el placer de otros. Podemos decir no a la televisión y no a lo que otros nos ofrecen en perjuicio nuestro.

Se puede ser solidario con nuestro país, con nuestra comunidad, con nuestra escuela, con nosotros mismos, con nuestro cuerpo, con nuestra mente; eso nos obliga a conocernos, a saber cuál es nuestro lugar en el mundo y cómo queremos vivir en él; lo que implica ineludiblemente una práctica filosófica.

REGULACIÓN SOCIAL Y VIOLENCIA

El padre, el estado, la ciencia, las disciplinas son centros de regulación social, son herencias de sociedades pasadas que se nos presentan ahistóricas, indelebles, que nos forman, nos conminan a determinadas posiciones enunciativas pero que nuestra imaginación les inventa intersticios, abriendo salidas, agujereándolas, inventando vocablos y formas de comprensión dando paso a la potencia creadora. El problema es cuando ellas mismas se han vendido a la lógica del mercado donde se imponen no límites sino la ilusión de completud. Se fulmina la imaginación.

El problema no es que no exista una ley del padre, sino que la imaginación ha sido amancillada. Para Vincent Gerard, la excesiva legibilidad castra la imaginación. Estamos frente a un “padre” permisivo, no ausente, no limitante, sino facilitador, se ha puesto la ley del otro lado: antes de prohibir es imponer un imperativo de gozar. No es que no exista ley paterna, sino que esta ha cedido su lugar. Frente al horror de su responsabilidad, se da lugar a que este impuesta desde el otro lado; respondiendo acaso al arbitrio de la imaginación, del placer pulsional, explorando cada vez nuevas disidencias y creando un lado oscuro donde no hay posibilidad de escapar de sí mismo y donde tampoco hay referencia porque se ha impuesto la libertad pulsional caótica, sin historia y sin freno.

Quizá en la actualidad sea todavía más difícil de identificar lo posible y los límites porque la ciencia no tiene rostro, el amor al saber ha sido destruido por un amor al poder y el arte está confundido con sordidez. A los estudiantes no les importa la ciencia

porque están ante un imperativo del goce, el dinero, el prestigio que pende del trabajo asalariado donde, a decir de Marx, se enajena su esfuerzo pues su parte de vida se convierte en un *plus* que no retorna a sí mismos y donde a decir de Lebrun, hay una elisión de la enunciación.

Lo que se presencia aquí es una cuestión de identidad y diferencia. Lo que definía nuestra humanidad: la imaginación, la historia, el lenguaje, han sido franqueados y los sujetos han sido reducidos a apéndices de la tecnología o convocados a lo abyecto donde el esfuerzo de sentido queda marginado en la imagen violenta que paraliza y horroriza. Acaso frente al imperio de las pantallas, el lenguaje ha perdido su función simbólica de interpretación, malversación y malentendido desde donde se buscaba un sentido a la vida.

HISTORIA Y LENGUAJE

La historia y el lenguaje pueden representar pesos que nos condenan a ser hablados y a ser efectos. Paradójicamente nos hemos hecho emerger en las palabras como algo distinto del territorio real de lo físico, nos hemos dado identidad y diferenciado del reino animal. La historia y el lenguaje pueden parecer por otra parte, realidades ya dadas, estructuras impuestas y sin embargo, en ellas se ensayan otras realidades, otras formas, que ante el imperativo pulsional nos hacen recaer ensayando nuevos patrones de viejas tensiones que no pocas veces nos devuelven al mismo lugar de irracionalidad y asfixia de la alteridad, sólo que con otros motes: las técnicas de control, las tácticas de presión psicológica, la seducción, las imposiciones subrepticias de las palabras. La violencia acaso guarde una reminiscencia de la pulsión agresiva freudiana sólo que ya no en pos de la vida, sino de la muerte.

Nuestras prácticas convencionales, sociopolíticas, éticas, disciplinadas, administradas y objetivas siempre han estado regidas por una parte oscura que no se deja y no se quiere mirar y nos precipita

a vacíos y a falta de vínculos, pero coexistimos con otras prácticas donde lo que rige es la parte oscura de la imaginación.

Coexisten en nuestro mundo distintos tiempos y espacios, mientras unos acceden a los beneficios” de la educación, otros más modernos, o más “cool” se alejan de los sistemas educativos, buscando una educación más libre, más salvaje, más *ad hoc* con la naturaleza.

REFLEXIONES FINALES

Hay una pérdida de la función del lenguaje. La moderna era de la información, no tiene nada que informar, sólo ventila el horror a la alteridad, y sin embargo nos pone contra las cuerdas, le apuesta al malentendido, donde se produce la ilusión de identidad y diferencia frente a una masa a la que se antoja irracional. Acaso lo que se esfuerza por desconocer sea la imaginación. El morbo ante la vida del otro, la mirada juzgadora que pretende distanciarse de lo visto y que no halla diferencia porque se ve lo semejante, pues sólo se es capaz de ver lo que uno puede ver.

La apuesta es la de reconocer nuestro lugar en el juego social y eso conmina a pensar del otro lado, cuestionando el propio hacer, las formas, los ritos, los sentidos que tiene para nosotros la vida: ¿cómo nos miran los otros?, ¿cómo los miramos? y ¿qué pasa en nosotros cuando somos mirados de tal o cual forma?, ¿qué somos para nosotros mismos? Esto urge respuestas que no pueden soslayarse en cualquier práctica social pero aún menos en la práctica profesional de un educador, de un gobernante o de un psicoanalista, porque su quehacer no puede eludir la presencia de los otros, ni el reconocimiento de la disidencia de la imaginación que hace a cualquier norma franqueable. De las respuestas a estas preguntas penden prácticas, se naturalizan formas de hablar, se legitiman actos, se permiten relaciones y se impiden modos de ser. ¿Qué significa el otro para mí? es una pregunta filosófica que entraña posiciones enunciativas particulares posibles e invitan a la imaginación a un paseo por lo propio.

Nuestra identidad y nuestra diferencia acaso no esté sólo en las palabras, testimonio indirecto de lo que somos, sino en el intersticio de las formas, en las posiciones enunciativas a la que nos destinan y en las que nos ubicamos, en el contacto con la mirada del otro o de los otros, en la textura del tacto y las inflexiones de la voz, en el aroma de las feromonas; todas ellas se han dejado de advertir eclipsadas por el progreso. Violencia de la modernidad y la razón de nuestras prácticas sociales que las han dejado en el olvido, la represión, la prohibición, propiciando su satisfacción indirecta enalteciendo la satisfacción por el empeño del lenguaje o de la seducción y la conquista que instaló la espera, la mediatez, el tiempo dilatado que ahora pugna por olvidarse. El horror al placer del otro desvía la mirada a prácticas lingüísticas que entendemos como podemos, la clave de la sociedad de consumo que indirectamente juegan con la mirada y coloca palabras donde lo que se impone es el juego del placer sin límite.

Dar paso a la palabra, a la reflexión filosófica, a la enunciación; pues en las palabras habita un germen de historia, de formas y posturas admisibles frente a la alteridad. Castoriadis (1997) hace un planteamiento por demás apasionante. Acaso está reconociendo un sentido genético en aquello que decimos, una historia primordial que acompaña todos los hechos, los acontecimientos, de manera que en todo ser vivo se podrían hallar las formas de organización del mundo más añejas. Hay acaso una experiencia genética de tal índole en nuestros saberes gracias a la intervención del lenguaje, que transmite en nosotros y a través de nosotros unas reservas de pasado que se actualizan en las palabras, no sin transformación mediante isotopías, neologismos o vocablos que sintetizan la memoria de esas posiciones. Y sin embargo, en el sujeto hay potencia creadora en el dominio del saber, en la invención, en la disidencia.

Es aquí donde reconocemos nuestra postura, la educación antes que buscar homogeneidad, constituye un acto generoso de reconocimiento de la diferencia que permite construir posiciones frente a

la alteridad, haciendo un trabajo educativo que se mueve en las vías del lenguaje, el reconocimiento de la historia y conmueve a un trabajo perpetuo de la imaginación; otorgando identidad y diferencia en un movimiento de constante interpretación. Finalizo en acuerdo con Warnock quien afirma: “También he llegado a creer muy firmemente que el cultivo de la imaginación es el que debiera ser objetivo básico de la educación, y en el cual es donde más fallan nuestros sistemas actuales de educación cuando realmente fallan” (1981, p. 8).

REFERENCIAS

- Braunstein, N. (2004). *Notas sobre un curso del sujeto del psicoanálisis en la actualidad*. México: s/ed.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1997). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Castoriadis, C. (1986). Alcance ontológico de la historia de la Ciencia. En *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto* (pp. 216-246). Barcelona, España: Gedisa.
- Foucault, M. (1997). Clase del 14 de enero de 1976. En: *Defender la sociedad* (pp. 33-47). Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Freud, S. (1976 [1927-1931]). El malestar en la cultura. En *Obras completas* (Vol. XXI). Buenos Aires; Argentina: Amorrortu Editores.
- Gerard, V. (1989). Una historia del secreto. En Philippe Ariés y Georges Duby, *Historia de la vida privada*. Tomo 9: La vida privada en el siglo XX. España: Taurus.
- Lacan, J. (1975). *Escritos*. México: Siglo XXI.
- Lebrun, J. P. (2003). *Un mundo sin límite, ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Levin, E. (2007). *¿Hacia una infancia virtual? La imagen corporal sin cuerpo*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión (Col. Psicología contemporánea).
- Piaget, J. (1987). *La formación del símbolo en el niño. Imitación, juego y sueño/ Imagen y representación*. México: FCE.
- Prado E. y Amaya G. J. (2004). *Padres obedientes, hijos tiranos. Una generación preocupada por ser amigos y que olvidan ser padres*. México: Trillas.